

Daniel Gallegos: el dramaturgo

El Séptimo Círculo, la última obra de teatro de Gallegos, no se produce por casualidad ni por capricho literario. Refleja la limpia trayectoria de un escritor consciente, culto, profesional, que no acostumbra hacer concesiones al público, sino que ha entendido su oficio de director, de cuentista, de dramaturgo, como una aspiración personal, pero también como un compromiso con su colectividad. Sucede con Gallegos que uno lo acepta, y otros lo rechazan, de una manera francamente visceral y hermosa, porque su temperamento no admite contemplaciones y porque saca, de su bondad y señorío, una fuerza importante de la que muchos carecen.

Consciente de su origen de clase, de sus gustos y repulsiones, de su ámbito social y su inteligencia, emerge, en la madurez, con una obra que yo, y desde un punto de vista de poeta, he llamado de **fundación**. Una obra que reúne sobre sí, casi sin proponérselo, un argumento actual y una situación que el mismo título envía a las profundidades del tiempo, en donde siempre la violencia, justificada o gratuita, ha sido parte consustancial del alma humana y las contradicciones sociales. Pero para haber podido escribir esta obra de teatro, Gallegos tiene antes que haber profundizado en varios experimentos dramáticos, como director y escritor, que ahora se



Alfonso Chase

plasman en un conflicto externo, que tiene su origen en la naturaleza interna de los personajes. La literatura de Gallegos, va desde cuentos perspicaces escritos sobre hechos reales y ubicables, por tanto, en la historia de nuestra patria hasta introspecciones colectivas como **Los Profanos** o delicadas piezas como **La Casa**, que pretendían demostrarnos una verdad personal inmersa en el desarrollo colectivo de nuestra patria.

Imposible imaginar a Gallegos escribiendo obritas costumbristas o un teatro folclorista, con las más magníficas muestras que éste tiene entre nosotros. Entre el teatro de Gagini, por ejemplo, o los experimentos de José Fabio Garnier o Alfredo Castro, la línea argumental, o dra-

mática, se entrelaza mejor con estos últimos, para darle, sin que lo requiera, un hilo conductor dentro de nuestra historia literaria. El teatro de Gallegos, sin excluir personajes de todas las capas sociales, trata de dilucidar problemas característicos de nuestra clase burguesa, con humor, con ironía, con un cierto patetismo y con espíritu de crítica inteligente, y muchas veces hasta sofisticado. Se le reprocha, entonces, que no escriba teatro popular o esos engendros, no sé cómo llamarlos, que la inmediatez del tiempo ha sepultado, por lo inconsistentes en el argumento o el lenguaje, y aún en su misma naturaleza de signo teatral. Sus montajes, por lo impecables y de exquisito gusto, también han sido criticados por presuntos críticos de izquierda, que aplauden con fervor cualquier bodrio extranjero con tal que haya sido montado, colectiva o individualmente, bajo el signo, ya anacrónico, del realismo socialista. La derecha, en contraste, se regodea en la belleza de los montajes, o ciertos conflictos internos de sus obras, pero se hace la tonta, por el contenido, muchas veces subversivo y contestatario, del auténtico mensaje del teatro de Gallegos. Ha sido el único autor teatral, en nuestro medio, con el que se ha metido la censura, no para censurar lo externo, sino por el temor ante el mensaje que encierra lo intrínseco del material dramático de Gallegos.

Temperamental, fogoso, contradictorio, pero siempre firme en sus convicciones, este autor ha amenazado, y por suerte no ha cumplido, con retirarse de su trabajo para internarse en algún hipotético monasterio en los confines del planeta, pero siempre regresa porque su vocación,

su existencia, la última razón de su ideal artístico, se relaciona con el teatro, con la dirección, con la idea de dar su trabajo a nuestro país y enfrentar la incompreensión, que la ha tenido, por medio de la labor concreta de la obra artística reflejada en dos de sus obras más recientes: **Punto de Referencia** y **El Séptimo Círculo**.

Pudo Gallegos, para complacer a algunos, haber adjurado de su naturaleza más honda, como ser humano, y dedicado a hacer un teatro que no estuviera en consonancia con sus ideas y planteamientos, con la contradictoria naturaleza de su sistema social, con los conflictos más hondos e insondables de la naturaleza humana, no como esquema, sino como vivencia que refleje la historia de la que somos protagonistas y víctimas. Sería un lugar común el decir que nuestra patria está en los umbrales del séptimo círculo de Dante, que es el de Gallegos, aunque puede que lo ubique en un lugar cosmopolita, pero que todos sabemos vino en el aquí y ahora de estos tiempos. Reconocernos en esta obra no es sólo un acto de valentía, sino que implica, para Gallegos, la superación conceptual y vivencial de su teatro futuro, que no se estanca, sino que supera sus obras anteriores, recogiendo de ellas un ejercicio constante, para ubicarnos en el desarrollo concreto de un escritor serio y responsable, comprometido con su tiempo y su historia. Puede que otros exijan de sus obras finales adocenados o retóricas proclamas. Gallegos nos brinda el horror del hecho cotidiano, absurdo, en donde no caben concesiones, ni falsas esperanzas, porque no hace panfletos, sino la obra artística, solidaria del autor y de su público.